

PRUEBA DE INGRESO 2018 – IDIOMA ESPAÑOL

PARTE A (Puntaje máximo: 50 puntos):

El fragmento que se transcribe a continuación provee los ejemplos que deben analizarse en esta parte de la prueba.

El mes que trabajé en el taller mecánico de la calle Paraíso, muy cerca de la estación de ferrocarril Carnelli y del almacén donde Aquiles encontró el vino del 42, fue bastante siniestro. Todavía los dictadores mantenían en el puesto presidencial al que, electo por el voto, había disuelto las cámaras. Los tupamaros ya no actuaban, y parecía que los partidos de izquierda habían desaparecido. Buenos Aires era refugio de senadores y diputados destituidos y perseguidos por el ejército. Faltaba un año para que asesinaran a Whitelaw, Barredo, Gutiérrez y Michelini, pero la situación era ya la delicia del homicida feroz que formaba la base de la represión argentina: un coto de caza enorme, lleno de piezas de buen tamaño.

Aquiles viajó por entonces a Buenos Aires, acompañado de Olga, pero en aquel tiempo yo creí que no fue por motivos políticos, sino por negocios. [...]

En el taller yo hacía trabajos de limpieza, impermeabilizaba el techo con bolsas de arpillera impregnadas de alquitrán (el techo era de chapa de acero acanalada, carcomida por el óxido), y sufría las bromas de Ruben, el mecánico. Normalmente entraba un auto cada dos o tres días, y se iban acumulando en los lugares donde los clientes los estacionaban, esperanzados, creyendo que Ruben emprendería de inmediato las tareas imprescindibles para corregir las causas de su arribo al taller. Pero Ruben, ardiente partidario de la filosofía bartlebyana¹, prefería no trabajar, hasta que, llegado el momento de necesitar dinero, traicionaba sus más caras creencias y dedicaba dos o tres horas para arreglarlos todos. Llamaba a los dueños, los citaba con una hora de diferencia a cada uno, cobraba y volvía a no hacer nada durante una semana o dos. O quizá ese era el régimen en verano, no lo sé.

Ruben era un idiota en estado purísimo, de esos que no se encuentran con facilidad. Me tomaba el pelo constantemente, o eso creía. Lo que me molestaba bastante eran sus constantes alusiones a la masturbación. Estaba obsesionado con eso. Era un tema que le interesaba particularmente. Una vez entró al taller una mujer bellísima, que me dejó sin habla. Era una lejana prima mía, que yo no recordaba. Ruben se burló de mí de la peor manera. Me dejó en ridículo —eso creí en aquel momento, pero luego supe que la reacción de mi prima había sido exactamente la opuesta— con una serie de bromas de mal gusto y de frases con doble sentido. El caso es que esta prima mía es la mujer más bella que conocí, no tiene parangón y es inútil que los desgraciados que no la han vislumbrado aunque sea unos instantes sonrían como si estas afirmaciones fueran exageradas. Se lo pierden. No es que yo me enamorara ni nada por el estilo, pero una mujer bella es una cosa seria, y la mujer más bella que uno ha conocido es la cosa más seria del mundo, de manera que juré vengarme del imbécil.

Aquiles volvió de Buenos Aires con un reloj Citizen automático y sumergible, con el cristal facetado y una esfera en espectaculares tonos de verde. Nunca había visto un reloj tan hermoso. Me convirtió en un personaje admirado en el barrio, y más tarde en el preuniversitario. No me lo sacaba nunca. Me bañaba con el reloj puesto (¿para qué era sumergible, si no?) y en la playa miraba ostensiblemente la hora antes de zambullirme, sintiéndome el centro de la atención.

Pocos días después terminaba mi trabajo en el taller. Dedicué las últimas horas a colocar una serie de trampas que entrarían en funcionamiento a lo largo de los días siguientes a mi partida. El larguísimo mes de acoso de Ruben, y especialmente su burla ante la mujer más bella del mundo, tendría consecuencias.

La más inocente consistía en un cañito de cobre que se insertaba en la canilla donde Ruben mojaba el peine antes de salir cada tarde, a encontrarse con su novia. Había una pileta con jabón para mecánico donde se hacía la limpieza gruesa. Después Ruben se bañaba, pero el espejo estaba en un rincón antes de la puerta de salida, donde invariablemente mojaba el peine. El cañito estaba doblado, de tal manera que si se abría la canilla salía un chorro de agua horizontalmente hacia el abdomen de la víctima. Una broma inocente: no le iba a estropear la ropa, pero lo iba a obligar a cambiarse. Y el problema era que Ruben no vivía allí, de manera que iba a tener que salir con la ropa mojada.

¹ *Bartleby, el escribiente* es un cuento del escritor estadounidense Herman Melville en el que se narra la historia de un amanuense que trabaja en la oficina de un abogado. Ante diferentes órdenes de su jefe, el escribiente responde únicamente «Preferiría no hacerlo», sin dar ninguna explicación.

Otra trampa estaba destinada a activarse cuando llegara la hora de cobrarle a un cliente. En la oficina había una silla que estaba contra una pared, y que se usaba solo cuando un cliente se sentaba ante la mesa para informarse acerca de las piezas cambiadas y problemas solucionados, y escuchar el costo del trabajo, calculado en función de las necesidades inmediatas del taller, antes que a partir de los costos derivados de las operaciones realizadas. Fue fácil atar un extremo de un cable a una de las patas de la silla y el otro a una lata de aceite en una pila de unas trescientas latas que yo, como un idiota obsecuente, aunque en realidad con taimada convicción, había insistido en apilar de manera ornamental, en forma de pirámide, del otro lado de la pared donde se apoyaba la silla. El cable pasaba por un agujero en la base de la pared, que me había resultado muy fácil de hacer. El efecto que yo imaginaba era bonito: las latas caerían cuando el cliente fuera a separar la silla de la pared, Ruben se molestaría y su precio sería un poco más adecuado a la realidad, debido a que perdía la calma y la concentración con mucha facilidad, el cliente se sentiría inquieto y en un estado de nervios poco propicio. Para dar un poco de contenido serio al desbarajuste de la pila de latas, destiné algunas horas a perforar con un abrelatas las caras superiores de un porcentaje interesante de ellas, de manera que cuando cayeran el contenido lubricante se esparciera por el lugar, con la consecuente pérdida económica pero especialmente con un efecto contaminante que aceleraría el ritmo cardíaco de Ruben de manera parecida a cuando su grueso dedo abría un carburador para escuchar el sonido de un motor a alto número de revoluciones por minuto.

Carlos REHERMANN, *Tesoro*, Montevideo: Ediciones de la Banda Oriental, 2016, pp. 61 a 65.

1. Clasificar las siguientes palabras por su acento prosódico e indicar por qué llevan tilde (están recuadradas en el texto): *Paraíso, sé, imbecil, después, pirámide*.

2. Analizar sintácticamente las estructuras que se transcriben a continuación:
 - a. *En el taller yo hacía trabajos de limpieza, impermeabilizaba el techo con bolsas de arpilleras impregnadas de alquitrán [...], y sufría las bromas de Ruben, el mecánico.*
 - b. *Llamaba a los dueños, los citaba con una hora de diferencia...*
 - c. *Era un tema que le interesaba particularmente.*
 - d. *...eso creí en aquel momento, pero luego supe que la reacción de mi prima había sido exactamente la opuesta...*
 - e. *Me convirtió en un personaje admirado en el barrio...*
 - f. *...salía un chorro de agua horizontalmente hacia el abdomen de la víctima.*

3. Teniendo en cuenta su uso en el texto, indicar persona, número, tiempo y modo de los siguientes verbos (subrayados): *había disuelto, asesinaran, prefería, supe, han vislumbrado, caerían*.

4. Ubicar las palabras del siguiente fragmento en las categorías propuestas. Si a juicio del estudiante alguna de las palabras a clasificar posee en este pasaje caracteres gramaticales propios de más de una clase, repetirla en cada uno de los ítems que corresponda:

Dediqué las últimas horas a colocar una serie de trampas que entrarían en funcionamiento [...] los días siguientes a mi partida.

sustantivo:

adjetivo:

artículo:

pronombre:

verbo:

adverbio:

preposición:

conjunción:

PARTE B (Puntaje máximo: 50 puntos)

5. Elaborar una descripción de Ruben. El texto debe incluir, al menos, tres rasgos de este personaje.
6. Sustituir las palabras subrayadas en estos fragmentos por términos o expresiones equivalentes:
 - a. *...en la playa miraba ostensiblemente la hora antes de zambullirme, sintiéndome el centro de la atención.*
 - b. *Pero Ruben, ardiente partidario de la filosofía bartlebyana, prefería no trabajar...*
 - c. *...una pila de unas trescientas latas que yo, como un idiota obsecuente, aunque en realidad con taimada convicción, había insistido en apilar de manera ornamental, en forma de pirámide, del otro lado de la pared donde se apoyaba la silla.*
7. Justificar el uso de las comas en el primer ejemplo, de las rayas en el segundo y de los dos puntos en el tercero:
 - a. *Faltaba un año para que asesinaran a Whitelaw, Barredo, Gutiérrez y Michelini...*
 - b. *Me dejó en ridículo —eso creí en aquel momento, pero luego supe que la reacción de mi prima había sido exactamente la opuesta— con una serie de bromas de mal gusto y de frases con doble sentido.*
 - c. *El efecto que yo imaginaba era bonito: las latas caerían cuando el cliente fuera a separar la silla de la pared, Ruben se molestaría y su precio sería un poco más adecuado a la realidad...*
8. Dictado de otro fragmento de la misma novela.
9. Resumir en aproximadamente diez renglones el contenido del texto dictado.

El examen se aprueba con un puntaje mínimo de 60% de acierto.

Texto para el dictado

El jabón para mecánico es una mezcla de jabón en polvo y un abrasivo, a veces arena, otras veces aserrín. Sin jabón para mecánico es muy difícil lograr una buena limpieza. La grasa de auto, y el hollín aceitoso de los motores son muy rebeldes. Harina y pan rallado fue mi sustitución para la tercera trampa, en el recipiente de recambio, es decir que actuaría bastantes días más tarde que las otras trampas.

En el taller había un entrepiso que generaba un techo bajo en la zona del banco de trabajo. Contra el borde se apoyaba una escalera. Até a la escalera, con un alambre, una lata de unos cincuenta litros de alquitrán para impermeabilizar. Era pesada, y temí que si caía rompiera un auto, o quizá lastimara a alguien (Ruben no me preocupaba, porque había llegado a odiarlo de manera alarmante para mi propia seguridad). Até la lata, pues, con otro alambre a un clavo en el suelo del entrepiso, de manera que, si bien la lata caería cuando se retirara la escalera, quedaría colgando del alambre y ni la lata ni la escalera llegarían al piso, aunque sí su contenido. Lo más probable sería que Ruben terminara bañado en alquitrán, sin afectar a ningún cliente, porque usaba la escalera solo para las ocasiones en las que quería subir al techo, es decir, cuando su extremada pereza era vencida por la persistencia de alguna gotera, y jamás lo hacía si había un cliente en las inmediaciones.

Otras trampas eran simples generadoras de trabajo y demoras: los tres gatos hidráulicos quedaron firmemente atados a un yunque, gracias a poderosos cables trabajosamente estrangulados con abrazaderas de tornillo; algunas latas de aceite reciclado, elegidas al azar, tenían aceite solo en una capa superior de uno o dos centímetros: el resto era agua; lo mismo había hecho con las latas de gasoil y de nafta que había para reponer en los tanques de combustible de los autos (los hidrocarburos son más livianos que el agua, de manera que el olor y una revisión ocular no detectan ningún problema, y solo se perciben los resultados de llenar un tanque de combustible con ese líquido a través de la humareda y las negativas a arrancar).